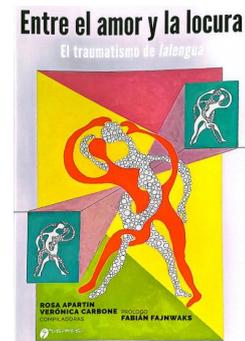


Estrago y amor (en la avenida)♦

Marcus André Vieira



Referencia

Vieira, M. A. Estrago y amor (en la avenida). Entre el amor y la locura: el traumatismo de la lengua. Olivos: Grama Ediciones, 2023.

[Portada y índice](#)

El analista, al ser su oficio guiado por el amor de transferencia, quizá tenga algo que decir sobre el amor. Sin embargo, solo lo aprehende “desde dentro”, siempre desde algún lugar específico en el que es puesto por el analizante en la transferencia. De este modo, su visión nunca será panorámica, de observador que, como sabemos, es siempre una posición de supuesto dominio, de amo.

Descartemos de entrada cualquier pretensión de entender o explicar este fenómeno apasionante que es el del amor.¹ De hecho, el amor es así, hace que cualquier maestro sea precario, ya que nadie tiene un punto de vista general o una definición precisa del amor a menos que se distancie y se pierda de la experiencia amorosa.

Es mejor empezar por lo más sencillo: uno sabe, cuando se ama, que se ama. Aquí se aplica lo que Lacan dice sobre estar seguro como algo que “Uno lo sabe, uno mismo. Pero basta con que se le preste atención para salir de él”.²

La conjunción entre amor y una certeza sin mucha explicación esboza todo un universo vivo y apasionante, pero, al mismo tiempo, parece aportar a esta experiencia un espacio en el que amor y angustia se encuentran; al fin y al cabo, nunca se sabe muy bien dónde se pisa. Siempre existe el riesgo de que, de repente, todo parezca derrumbarse y uno se encuentre sin padre, ni madre o vecino, en tierra arrasada, sin saber cómo seguir.

Si hay un término en la enseñanza de Lacan que enseña sobre esta conjunción entre amor y desastre, es el de estrago (*ravage*). Eso es lo que quiero tratar aquí.

I

La certeza de que se ama viene acompañada de la angustia de amar. En otras palabras, no hay amor sin *sufrimiento*³. Como se ve el mito del alma gemela, del *true love*, es un ideal, y la realidad del amor es otra.

♦ Versión en portugués publicada como: Vieira, M.A. Devastação e amor (na avenida). Arquivos da biblioteca 17, Escola Brasileira de Psicanálise: Seção Rio de Janeiro. Goiania: Kelps, 2022.

¹ Por eso es importante poder contar con una comunidad de experiencia, como la nuestra en la AMP, en la que se pueda reunir una gran variedad de puntos de vista, y por eso nuestros encuentros, como el X Enapol, son tan importantes. En cuanto a “El amor es apasionante”, cf. Lacan, J., (1974) Seminario 21 “Los no incautos yerran”, clase del 12 de marzo de 1974, inédito, *apud* Vieira, M. A., “Sobre o amor e a pulsão”, *Os destinos da pulsão*, Rio de Janeiro, EBP Rio - Contra Capa, 1997, p. 130.

² Lacan, J., “Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 599.

Hay muchas formas diferentes de estar en el amor. Llamemos *amor romántico* a ese ideal del que dos pueden “hacer Uno”. Desde Aristófanes, en *El Banquete*, este amor ha tomado la forma épica de una explicación para el hecho de estarnos tan mal hechos: porque seríamos la mitad de una naranja original.

Desde el punto de vista del analista —lidiando siempre con del desencuentro—, ese modo de estar en el amor parece delirante. Nada indica que haya existido un Edén en el que hubiéramos sido plenos, salvo nuestro deseo de que así fuera.

Desde Freud, hemos asumido que ese Edén nunca existió, especialmente porque, es precisamente por carecer de algo que somos lo que somos y nos metemos en tantos líos. No hay cómo recuperar el goce perdido, simplemente porque es exactamente la idea de una parte perdida de nosotros mismos lo que nos convierte en personas, en seres de cultura.

Esa parte de goce perdido es irrecuperable. Y no es solo una cuestión abstracta. Esta relación paradójica, entre un ideal de completitud y una parte perdida que nos constituye exactamente como seres en falta, se encarna en nuestro propio cuerpo. Nuestro cuerpo es “ensamblado” de forma análoga: una parte de ser y otra de no-ser, una parte visible y otra de libido que no tiene imagen, no está en lo que somos en el día a día, pero permanece ahí, merodeándonos. Solo se accede a ella, parcialmente, a través de nuestros puntos más oscuros, pliegues, rarezas y silencios.⁴

Lacan afirma entonces que todo el dolor reside en el hecho de que lo que se aspira en el amor es exactamente este más allá de lo que se es, más allá del ser —exactamente lo que desaparece cuando aparecemos en el mundo.

Por eso, a veces, el amor es pasión. La pasión es una “carrera sin límites” porque no se satisface, no se resuelve con lo que el objeto amado es, o con lo que tendría para dar. Aspira alcanzar y obtener de él lo que no tiene, es decir, lo que (al menos en el campo del narcisismo) no es, ni tiene cómo serlo.⁵

II

Descartado el amor romántico, nos queda, entonces, el *amor-pasión*. Y mejor así, ya que es por aspirar al más allá que el amor puede cambiar el mundo. Es a través del amor-pasión que tanto Freud como Lacan abordaron el amor. Lo llamaron *deseo*. El deseo, en el sentido freudiano, es lo que aspira al más allá de la imagen, Otra cosa.⁶

El punto de vista del deseo destaca aún más cómo este más allá del ser, oscuro objeto, se reparte en dos polos. El deseo vive de la búsqueda de una recuperación imposible del goce que no hay. En otras palabras: tenemos que lidiar con la inexistencia de la relación sexual,

³ [NdT] El autor utiliza la palabra *sofrência* —y no *sofrença*— que tiene como acepción la de “sufrimiento por desamor, celos o amor no correspondido” y que es usada en la música popular “sertaneja”. En la nota de pie de página, el autor dice que este término ya ha sido incorporado al léxico y que su expansión indica hasta qué punto no hay amor sin dolor. La cantante Marília Mendonça, representante del estilo *sertanejo* universitario, lo ha dicho con todas las letras en “Todo mundo vai sofrer” (*Todo el mundo va a sufrir*), *Todos os cantos*, vol. 2, 2019.

⁴ Cf. Miller, J.-A., “Introdução à leitura do Seminário da angústia de Jacques Lacan”, *Opção Lacaniana*, n. 43, São Paulo, EBP, 2005, p. 7-91.

⁵ Como afirma Lacan: “[...] amar es amar un ser más allá de lo que parece ser.” Lacan, J., (1953-1954) *El seminario, libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 19XX, p. 402.

⁶ Es por medio del deseo que Freud trata el amor, no como un estado ideal del alma (*Liebe*), sino como fascinación, captura, movimiento (*Verliebtheit*) (cf. Vieira, M. A., óp. cit.).

pero, en nuestra cultura, se lo hace según dos caminos clásicos: los modos masculino y femenino de ser.

Más cerca del polo masculino estarían aquellos (o aquellas) que buscarían en otro cuerpo, sobre todo, un objeto complementario que los garantizase como dueños de sí mismos y de su placer. En la otra punta, en el polo femenino, estarían aquellos (o aquellas) que buscarían un Otro más o menos estable, una alteridad complementaria que los asegurase de su propio cuerpo y, de esta forma, de un placer al que llamar propio. Los supuestos hombres que buscan fortalecerse con una mujer y las supuestas mujeres que quieren establecerse con un hombre. El golpe maestro de la llamada cultura patriarcal fue hacernos creer que estos dos polos no solo eran naturales, biológicos, sino, sobre todo, complementarios.

Todo estaría bien si la gente no gozara. La idea de que, si nos esforzamos, podemos ser felices por encontrar nuestra alma gemela, este argumento se mantiene firme mientras la parte perdida de nosotros mismos insiste en huir, inalcanzable. Si solo existiera la búsqueda de una satisfacción imposible, estaríamos atados por siempre a los caminos de la identidad, del sexo, en los que esa búsqueda se estructura para cada uno según su estructura fantasmática. Sucede que, de vez en cuando, se goza. Esto es lo que hace que lo real de la falta sea relativo. Por un instante, lo imposible acontece.

En ese punto del goce, de la falta de la falta, nos acercamos a la disolución del yo, de nosotros, seres de deseo. Este es el punto en el que Lacan sitúa la *angustia*. No es la falta, sino lo que ocurre cuando la falta acaba por faltar. Este será el punto por donde el estrago entrará en la escena del amor.

III

No será solo en la diferencia entre los seres, masculino o femenino, articulada en torno a la falta y a la castración que Lacan va a situar y explorar el universo del amor y de la angustia. Al contrario —especialmente a partir de *El seminario 20*—, será, más bien, en la diferencia entre goces.

En el ámbito del goce, el placer, la angustia y el abismo pueden entrelazarse infinitamente. Si el goce es la vida que nos toma sin la falta para darle un límite, debe ser lo opuesto a lo que Lacan llama goce fálico. Este es el del placer, que es una pérdida de goce y no lo contrario. Aquí, el placer, como lo ubica Lacan en su séptimo seminario, no surge sin ese retroceder, ese ceder que lleva a una vida más o menos en paz. Sí, porque el placer es siempre un retroceder ante el abismo. Es cuando tenemos esa sensación momentánea de haber llegado, a la que Lacan llama, más tarde, goce sexual o *goce fálico*, cuyo ejemplo más preciso es lo que llamamos orgasmo. El placer llega cuando nos rendimos, cuando cambiamos el ilimitado del goce por su gustito en la boca.

El *Otro goce* es ese “perderse” que puede insinuarse en la búsqueda desconcertada del amor, como un empuje sin dirección que nos abre a un angustiante infinito sin lugar. Es entonces cuando uno queda fuera de sí mismo, “sin ton ni son”⁷, según las palabras de Jacques-Alain Miller.

Fue por el lado de los sexuados por el “no” (sin acceso directo al goce fálico), con las mujeres de su tiempo, que Freud reconoció las paradojas de este goce, al que llamamos femenino u opaco, o incluso *goce del Uno*. En aquellos cuya estructuración hegemónica es la del ser de “no tener” aparece el sentimiento de que el sufrir de amor no es porque no existe el goce

⁷ Miller, J.-A., “L’orientation lacanienne, L’Un tout seul”, clase del 6 de abril de 2011, inédito.

del partenaire, como un todo, sino porque lo que está más allá de ese goce lo *ex-siste*, como goce *no-todo*.

Aquí podemos situar los fenómenos amorosos que van a la par de la angustia, pero que van más allá de ella, porque la angustia aún contiene un límite. Al fin y al cabo, la angustia es la experiencia de una desaparición de sí mismo, pero todavía hay un “sí mismo” que desaparece. En el estrago estamos en pleno amor como pasión loca, fuera de sí.

Veamos el micropoema de Hilda Hilst:

¿Quién es? Le pregunté al deseo.

Respondió: lava. Después polvo. Después nada.

IV

El *estrago* ha adquirido, desde Lacan, el *status* de concepto. Es un sustantivo, no solo una función adjetiva. No se limita al fenómeno, como en el caso de “estoy devastada”, va más lejos.

¿Podemos, por lo tanto, superponer el miraje de una experiencia de goce absolutamente sin límites al estrago? Creo que no. Ese “lava, polvo, nada” del estrago no podría ser, para nosotros, el fin del mundo, desarraigo absoluto, desierto de lo real, sencillamente porque no hay nada en sí en lo real, ni estrago, ni siquiera desierto. Nadie vive en lo real.

Supondremos, entonces, aquí, que el estrago es un índice de una posición, un modo de estar con respecto al goce del cuerpo. Dicho de otra manera, el estrago es “no sin” Otro.

Pero, ¿cuál es el Otro del estrago? Recuerdo dos fragmentos de Lacan sobre el estrago. En uno, sitúa al *partenaire* masculino como el Otro del estrago; y a la madre, en el otro. Para una mujer —alguien no integralmente vinculado al goce fálico—, el hombre podría conducir al estrago al negarse a ser Otro, ya que solo es capaz de pensar en objetos y fetiches. La madre, por su parte, al sostener una imposible matriz identificatoria, rivalitaria que fuera, sería la *partenaire*-estrago de la hija por estar, ella también, enredada con el no-todo.⁸

¿Qué hay en común entre las dos situaciones, la del *partenaire*-estrago y la de la madre-estrago, que no sea apenas el hecho de la condición femenina, sino el de una posición basada en ella?

Propongo endosar la tesis de Marie-Hélène Brousse⁹: el estrago es el efecto de una posición que consiste en esperar de algún objeto más “sustancia” que del Otro y de sus nombres. No se trata de esperar del Padre esta subsistencia, como pensaba Freud, sino de un objeto, que de ninguna manera se acerca al fetiche, ya que llega a valer más que el Otro. Como en el ejemplo que ella da de una analizante para quien dormir en la cama sin su marido al lado es lanzarse a un vacío melancólico. El cuerpo a su lado alcanzaba, nada más, pero al mismo

⁸ Lacan utilizó el término estrago en dos momentos de su enseñanza para referirse a 1) la relación de la hija con la madre en “El atolondradicho”: “A este título, la elucubración freudiana del complejo de Edipo, que hace de la mujer pez en el agua, por ser la castración en ella inicial (Freud dixit), contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar como mujer más sustancia que de su padre —lo que no va con su ser segundo en este estrago.”, (Lacan, J., *Otros escritos*, óp. cit., p. 489); 2) la relación de la mujer con el hombre, en su seminario sobre el *sinthome*: “[...] el hombre es para la mujer todo lo que les guste, a saber, una aflicción peor que un *sinthome*. Pueden articularlo como les convenga. Incluso es un estrago.” (Lacan, J., (1975-1976) *El seminario, libro 23, El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 99).

⁹ Cf. Brousse, M.-H., *Mujeres y discursos*, Barcelona, RBA Libros, p. 15.

tiempo ese cuerpo, más que el Otro, es su Otro. Sin ese cuerpo durante la noche, es el cuerpo de ella el que queda sin forma.

V

¿Qué *partenaire* deberíamos ser para separar, en parte, al analizante de ese objeto total? ¿De ese Otro estragante? Creo que la desestructuración en cuestión es tan radical que esta pregunta solo puede empezar a responderse si abordamos la alteridad en este caso no tanto como la de un objeto, incluso la de un objeto más Otro que el Otro, sino como la del *sinthoma*. El analista, habitualmente es tomado en la transferencia como objeto de la fantasma del analizante. Sin embargo, este puede tomarlo como *partenaire-sinthoma*, es decir, es hecho igualmente destinatario del goce que no cabe en el fantasma.

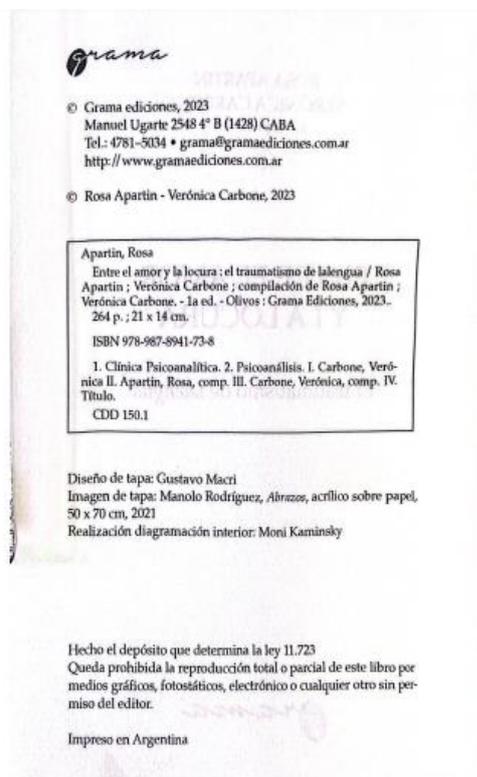
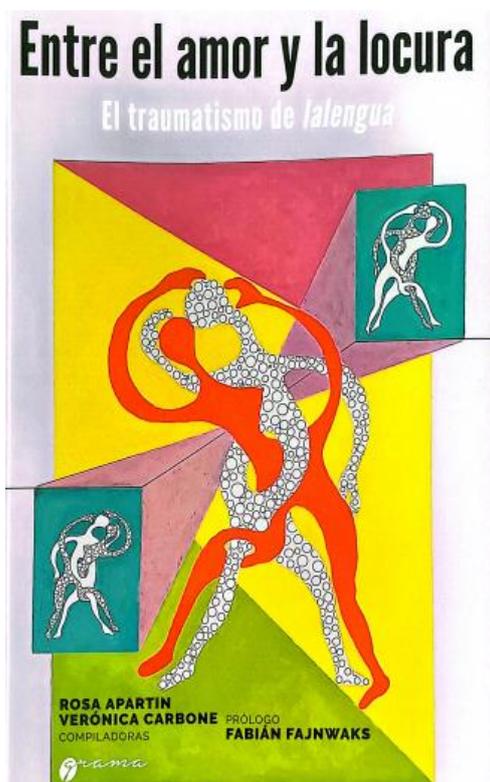
Como una analizante que acompañé y quien, tras haber perdido todo con la pérdida de su marido, que la cambió por una mujer más joven después de toda una vida juntos, se perdió en el estrago. Solo lo abandona cuando consigue dejar relativamente de lado ese objeto absoluto, su marido, al permitirse registrar una sensación corporal inusual. Una simple zambullida en una cascada venía a condensar un modo de erotismo “táctil” de la piel en su conjunto, sin el paso por la mirada, que era condición para su goce fálico, y que la fijaba a la mirada de su marido perdido, así como a la de las otras mujeres, ante las que solo podía sentirse como una vieja arrugada y un desecho.

Supongo que este nuevo erotismo “de piel” se sitúa más en el plano del goce del *sinthoma* que en el de fantasma, un plano que solo se verifica como tal al final del análisis, pero que se presenta aquí en un plano estabilizador respecto al estrago.

¿Sí el *sinthoma* es absolutamente sin límite, el que dará un suelo? Cierta imagen de esta paradoja —en su relación con el estrago— es la que podría darnos “A mulher do fim do mundo” (*La mujer del fin del mundo*), canción compuesta para Elza Soares. Hay que escucharla porque las palabras dicen solamente una pequeña parte de lo que sentimos cuando ellas son entoadas. Escuchase en una intensidad tan absoluta cuanto contida una mujer que, en la calle, en el carnaval, dejó todo. Todo. ¿Estragada? Sí y no. Al mismo tiempo, allí encontró una forma de establecerse y afirmarse sin recurrir directamente a su historia o identidad, sino, más que nada, a un hacer. Es el de cantar, lo que hace de ella la que canta y cantará hasta el final, del final, del final.

*... Na avenida deixei lá
A pele preta e a minha voz
Na avenida deixei lá
A minha fala, a minha opinião
A minha casa, a minha solidão
Joguei do alto do terceiro andar
Quebrei a cara e me livreí do resto dessa vida
Na avenida dura até o fim
Mulher do fim do mundo
Eu sou eu vou até o fim cantar
Mulher do fim do mundo*

*Eu sou eu vou até o fim cantar [...].*¹⁰



¹⁰ En la avenida, allí dejé/ La piel negra y mi voz / En la avenida, allí dejé / Mi habla, mi opinión / Mi casa, mi soledad / tiré desde lo alto del tercer piso / Me rompí la cara y me deshice del resto de esa vida / En la avenida, dura hasta el final / Mujer del fin del mundo / Soy, voy cantar hasta el final / Mujer del fin del mundo / Soy, voy cantar hasta el final [...].